



CAPÍTULO IX

Juan María Vianney, vicario de Ecully.—Su caridad y mortificación.—Muerte del presbítero Balley.

A PENAS Juan María Vianney fué revestido del carácter sacerdotal, el cura de Ecully se presentó al señor Vicario general, suplicando se dignase nombrarle para servir en su parroquia en concepto de vicario; y lo consiguió con facilidad del Sr. Courbon, que era entonces el encargado de la Diócesis. Su llegada á la parroquia fué un día de fiesta para el Clero y el pueblo: ricos y pobres se creían igualmente felices de tener por nuevo vicario al joven Vianney, á quien habían conocido tan modesto y piadoso, cuando no era más que un humilde estudiante. «Mucho le amábamos entonces, decían, porque nos edificaba con su ejemplar conducta: ¿qué será ahora que es sacerdote?»

No se equivocaban aquellas buenas gentes: admitido á esa comunicación que establece el sacerdocio entre Dios y el hombre, hecho partícipe de los sublimes poderes del Corazón de Jesús, para tomar á manos llenas riquezas inefables de ese tesoro de gracias infinitas, desde los primeros días sintió el nuevo vicario un vigor y ardor santo, que no había conocido an-

tes. Pareciale que nada había aún hecho por Dios: las oraciones, las penitencias, los trabajos realizados hasta entonces, las humillaciones, las pruebas y toda una vida de pureza, de inocencia y de inmolación, no respondían ya á las nuevas exigencias de su amor.

Nada, sin embargo, había de inconveniente en el ardor de su celo: el juicio y el consejo preceden á la vejez en las almas á quienes ha madurado la religión (*Sap.*, IV, 8). Había la piedad comunicado al vicario de Ecully una superioridad de razón y una rectitud de sentido que difícilmente se hallan en las virtudes comunes, aun después de largos años de experiencia. Por esto sin duda alcanzó bien pronto, entre todas las clases de la sociedad, uno de esos modestos triunfos de consideración y respeto que más honran al ministro de Dios. Su confesonario estaba continuamente rodeado de toda clase de personas, y el primero que se arrodilló á sus pies fué su tan amado protector y maestro: en las vísperas de las fiestas solemnes pasaba todo el día y una parte de la noche en el santo tribunal, sin disponer de más tiempo que el preciso para decir Misa, rezar el Oficio divino y tomar á la ligera su única y frugal comida. ¡Quién es capaz de encarecer bastante las amorosas y dulces exhortaciones que brotaban de su corazón para enervorizar y alentar las almas! ¿Había acaso algún orgullo que resistiese á la fuerza victoriosa de su admirable humildad? ¿Hubo algún rico que no diese abundantes limosnas por sus manos bienhechoras? ¡Oh prodigios del amor de Dios! ¡Cuántos incrédulos pasaron de la admiración de tantas virtudes á la creencia y á la práctica de la santa doctrina que triunfó de sus corazones, y les obligó á buscar el re-

medio en el consejo y dirección de aquella alma evangélica!

No tenía Vianney dos pesos ni dos medidas: la perfección que predicaba á sus penitentes era la que él practicaba, haciéndola regla austera de su conducta. Trabajaba sin descanso para llenar en sí el abismo que separa con demasiada frecuencia el ideal de la ley de Jesucristo y la realidad de las costumbres de los cristianos; los sacrificios que exigía á los demás se hacían fáciles, porque los cumplía él primero, ó más bien las austeridades eran para él solo. A medida que era duro para sí, era dulce, suave y misericordioso para el prójimo; al tratarse de los pobres pecadores, su rigor se transformaba en indulgencia y bondad. Afable, cariñoso y gracioso para con todos, tenía ternuras particulares para los pobres y los niños, que fueron siempre para él objeto de particular predilección. Su escasa fortuna era propiedad de toda la parroquia, y jamás cerró á nadie su bolsillo ni su corazón. En Ecully se conserva la grata memoria de tan inagotable caridad, de la que citaremos un solo rasgo, entre otros muchos.

Hacia bastante tiempo que llevaba siempre la misma sotana, y con el uso constante se había deteriorado notablemente. Las personas de su confianza le habían advertido varias veces que debía á su dignidad y al honor de su ministerio más decencia y aseo en el vestido, y solía responder á la confianza de sus amigos: *Ya pensaré en eso*; y, mientras tanto, la pequeña dotación de vicario continuaba desapareciendo en limosnas y liberalidades de toda especie. Un día, por fin, estrechado por todos más que nunca, cedió á sus ruegos y entregó á la mujer del mayordo-

mo de fábrica la suma necesaria para hacerse una sotana. Mas, por desgracia, algunas horas después recibió la visita de una señora de alta posición social, á quien las circunstancias terribles de la época habían casi reducido á la miseria. El buen vicario, al oír sus aflictivas confidencias, no pensó más que en socorrer aquel noble infortunio. Corrió en seguida á casa de la mayordoma, y la pidió el dinero entregado para su sotana. La digna mujer, que tenía interés en que se hiciese, porque su marido era sastre, opuso mil razones persuasivas y luminosas; pero el resuelto vicario la contestó sencillamente: «¡Bueno, bueno, »dame mi dinero, y después veremos!» Fácil es comprender ya el destino dado á ese dinero: en la misma tarde lo remitió á la señora M. por medio de una persona discreta y segura.

El Sr. Vianney estaba siempre dispuesto á sacrificarse por la salvación de su rebaño. Bastaba cualquier aviso de un enfermo para que volase á su cabecera; siendo siempre ingenioso para consolarle, paciente para oírle y asiduo para visitarle. Mas la virtud en que sobresalió fué la penitencia; allí pudo practicarla á toda su satisfacción, bajo la dirección de un Párroco que en medio del siglo había conservado los hábitos y santa vida del claustro; y trasladado á su parroquia, observó la regla del Instituto en el cual había vivido como uno de sus más fervorosos miembros. Habían, por ejemplo, convenido el señor Párroco y su vicario en rezar todos los días el Oficio divino juntos, y á una hora fija é invariable; en no dormir jamás fuera de casa; en hacer un día de retiro todos los meses, y, por fin, los ejercicios espirituales cada año. Andando el tiempo, el Párroco de Ars

hacia objeto de conversación las virtudes, el talento y la santidad de su antiguo maestro. Cuando quería instruir á su auditorio con rasgos de historia contemporánea, en seguida pronunciaban sus labios el nombre del Sr. Balley: las lágrimas humedecían sus ojos, y no cesaban de correr mientras duraba la tierna é interesante narración.

«Si yo, decía el Párroco de Ars, hubiese tenido »la dicha de vivir siempre con el Sr. Balley, hubiera »podido llegar á aprovecharme de su ejemplo y enseñanza. Para desear amar á Dios, bastaba oírle exclamar: ¡Dios mío, yo os amo con todo mi corazón...! »Cuando estaba solo, repetía continuamente esas palabras; y por la noche, en su habitación, no cesaba »de decirlas hasta que se dormía.»

Añadía el Párroco de Ars que «nadie le había hecho ver mejor hasta qué punto puede el alma desprenderse de los sentidos, y el hombre aproximarse »al ángel.» Cuando en su Catecismo hacía relación de las disciplinas, cilicios, cadenas, brazaletes de hierro y otros instrumentos de penitencia con los que aquel santo hombre crucificaba su carne, cual verdugo de su cuerpo, hacía estremecer; y muchas veces la débil fe de sus oyentes, admirándose de un heroísmo que no se hallaba en estado de comprender, pudo oír con disgusto aquellos detalles, tan poco conformes con la sensualidad del mundo, enemigo de la penitencia.

Mas lo que el Párroco de Ars se guardaba bien de añadir, aunque esté perfectamente probado, es que el discípulo no cedía al maestro en ningún género de austeridades. Sobre este punto había entre los dos una lucha sin tregua; llegaban al extremo de prohibirse hasta la sombra de una satisfacción sensual, é

imponiéndose la más rigurosa mortificación como regla universal de conducta, vivían verdaderamente de nada; no hay recuerdo de una sobriedad parecida. Cuando se presentaba alguna cosa á la mesa, ya fuese carne ó patatas, duraba tantos días, que el Párroco de Ars decía: «Esta pobre carne está ya negra, á »fuerza de dar vueltas;» se podía afirmar de ellos lo que de San Benito y su compañero San Romano, «que »vivían, no tanto de un mismo alimento, cuanto de un »mismo ayuno.» Balley era de estatura alta, de presencia noble y majestuosa; era una figura interesante, ó, como decía Vianney, un tipo romano, una constitución atlética. Debiera tener necesidad de más alimento que cualquiera otro para sostenerse, y sucedía todo lo contrario; estaba tan extenuado por el ayuno, que parecía no poder llevar su gran cuerpo.

La parroquia, por fin, se conmovió al tener noticia de tantas austeridades: se cuenta que mandó una comisión á la metrópoli para alcanzar de los Superiores que obligasen al Párroco y á su vicario á tratarse con menos austeridad, y pudiesen así trabajar mejor para la gloria de Dios.

Mas ya había llenado Balley la medida de sus méritos y de sus años: estaba gastado antes de tiempo por los trabajos, las vigiliias, las maceraciones y los padecimientos morales que había sufrido en la época del *Terror*. El viejo servidor de Jesucristo estaba esperando con serena y confiada alegría la hora en que su Divino Maestro llegase á hacerle la cuenta y pagarle su salario. El estado de debilidad y extremo decaimiento vino, por fin, á complicarse con una úlcera en la pierna, y esto le obligó á guardar cama por espacio de seis meses. Los primeros fríos agrava-

ron su situación, se irritó la llaga, y aparecieron luego síntomas de gangrena.

Al saberse ese indicio, revelador de un fin próximo, los sacerdotes vecinos, que amaban al Sr. Balley como á un padre y le veneraban como á un santo, se apresuraron á rodear el lecho de su digno compañero, para aprender á bien morir de aquel que, con los ejemplos de su vida heroica y penitente, les había enseñado á bien vivir. Aprovechó el enfermo su presencia para decir al vicario que tenía necesidad de ser fortificado por la gracia de los últimos Sacramentos. El presbítero Vianney oyó la confesión de su maestro, y él mismo le administró el santo Viatico. La escena fué conmovedora: todos los asistentes lloraban, viendo al santo joven dar al venerable anciano, su bienhechor y su guía espiritual, los consuelos supremos que la Religión tiene para los moribundos. Antes de recibir el Cuerpo de Nuestro Señor, el enfermo se sentó sobre la cama, y, dirigiéndose á su vicario y á todas las personas presentes, les pidió perdón por los escándalos que les hubiera dado. El vicario á su vez, por sí y en nombre de los asistentes, le pidió también perdón de las penas y disgustos que involuntariamente le habían causado.

Al día siguiente Vianney celebró por el enfermo una Misa, á la que asistió toda la población. Después del Santo Sacrificio volvió al lado de su amigo y maestro, que había deseado hablar con él á solas por última vez. En esta postrera y secreta entrevista entregó el moribundo sus instrumentos de penitencia, y le dijo: «Tomad, mi buen Vianney, ocultad eso; pues »si se hallase después de mi muerte, se creería que »he hecho alguna cosa para expiar los pecados de mi

»vida, y se me dejaría en el Purgatorio hasta el fin del mundo.» Luego, bendiciendo por última vez con sus manos desfallecidas al joven presbítero, que deshecho en llanto estaba arrodillado á sus pies, añadió: «Adiós, »querido hijo: ¡ánimo! Continúa amando y sirviendo »al buen Maestro... Acuérdate de mí en el santo altar... ¡Adiós, nos volveremos á ver en el cielo...!» Algunos instantes después se cerraron sus ojos á la luz de esta vida, para abrirse á la de las mansiones de la eterna felicidad. «Murió, dice Vianney, como »santo que era: su bella alma voló á ocupar un puesto »entre los ángeles, aumentando el gozo del Paraíso.» Tenía sesenta y seis años y tres meses, habiendo gobernado por espacio de quince años la parroquia de Ecully.

Penetrados de la pérdida que acababan de tener, y de la dificultad de reemplazar á un hombre de tan extraordinario mérito, los habitantes fijaron su vista sobre el vicario, que el difunto Párroco había formado á su imagen, y que le hacía revivir con todo el brillo de su santidad. Mas todas las instancias y súplicas que se emplearon fueron inútiles para triunfar de la modesta resistencia del joven vicario: se creía incapaz de llenar un puesto tan importante. Dos meses después fué nombrado Párroco de Ars, y al despedirle el abate Courbon, encargado de la diócesis, cuando fué á recibir el título, le dijo: «Id en paz, »amigo mío, á vuestro destino: en esa parroquia hay »poco amor de Dios: vos la proveeréis de él.» Vamos á ver luego cómo se cumplió este presagio.